



MARIO MENDOZA

AKELARRE

MARIO MENDOZA

Akelarre

1.

La lluvia no deja de caer desde la madrugada hasta bien entrada la noche. Es un ruido persistente en los tejados de los edificios, de las casas, de las bodegas, de los almacenes. Las alcantarillas se taponan y por todas partes el agua escupe un hedor que se esparce por las esquinas y los soportales. Las canaletas chorrean un líquido amarillento que da testimonio de la contaminación, de una atmósfera sucia e inmundada. Los gatos se arrastran en la oscuridad mojados, con su pelambre apelmazada, como fantasmas desplazándose por entre los botes de basura, las botellas vacías y los restos de comida de una ciudad que hace mucho dejó de ser un hogar para convertirse en un campo de concentración que no permite a nadie escapar ileso.

Son las ocho de la noche. Entras al edificio ubicado en la calle 19 con la avenida Caracas. Vagos, mendigos, yonquis desahuciados, prostitutas avejentadas y enfermas y travestis con dos días de barba en sus mejillas pintorreteadas con rímel barato pululan en las aceras vecinas.

Te han llamado porque no saben cómo enfrentar el horror, porque tienen miedo, porque los *polis* suelen ser cortos de imaginación, animales domésticos y predecibles. Y esto no ha sido efectuado por una mente como la de ellos, tan evidente, tan plana, tan lineal. Esto es la creación de alguien desencajado, de un viajero que recorre zonas tenebrosas y macabras.

Sí, te han llamado a ti, Frank Molina, el investigador privado, el alcohólico, el fumador de marihuana, el loquillo desquiciado que

suele pasar varias semanas al año en una clínica psiquiátrica, porque solo una mente como la tuya puede entender lo que aquí está ocurriendo. Y tú te sonríes, dejas las manos todo el tiempo entre tu chaqueta y subes los peldaños de las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso, donde ya está la policía con sus investigadores de pacotilla y sus fotógrafos aficionados intentando registrar la escena del crimen. El encargado es Roque Almagro, un antiguo policía al que conoces bien desde tu época de cronista de judiciales.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntas sin dejar de sonreír.

Uno de los subalternos de Almagro no puede soportar más el olor a carne y vísceras regadas por la habitación y abre la única ventana del recinto para poder vomitar. Los otros se aguantan como pueden y llevan tapones en la nariz para evitar el hedor nauseabundo que contamina el aire de mala manera. Tú tienes la ventaja de que tu estómago es de plomo y te quedas parado en el umbral esperando una respuesta.

—Maritza Aguirre —te dice Almagro, mirándote de reojo—. Prostituta de la zona, 32 años, separada, con dos hijos pequeños. La mataron entre las once de la noche y la una de la mañana. No hay testigos. Nadie vio nada. Por eso el cuerpo permaneció todo el día sin ser descubierto. Se dieron cuenta por el olor a fiambre y porque un gato del vecindario salió por la ventana con un pedazo de intestino entre los dientes. Sus compañeras de trabajo dicen que era una buena mujer, solidaria, tranquila, sin enemigos conocidos. No estaba metida en problemas, no vendía drogas ni tenía deudas pendientes. Trabajaba independiente. Primero la ahorcaron, luego la degollaron y después le abrieron el abdomen y le extrajeron las vísceras. Antes de revisar el cuerpo en la morgue, queríamos que viera la escena del crimen para ver si se le ocurre alguna hipótesis. No estamos acostumbrados a algo como esto.

La última frase te hace sonreír. Claro que no. Están acostumbrados a lidiar con hampones de poca monta, traficantes incipientes, ladronzuelos y cuchilleros callejeros que muchas veces son sus socios

y les pasan una parte de sus ganancias. Esto es otra cosa. Una mente trastornada, ida, en una dimensión aparte, y al mismo tiempo una personalidad fría, calculadora, matemática, precisa hasta la obsesión.

Das una vuelta por la habitación y memorizas la ubicación de las vísceras. El hombre no solo extrajo los intestinos, sino que parece haber ejecutado una danza con ellos por todo el lugar. Por un momento, cierras los ojos y lo imaginas con las manos ensangrentadas, dichoso, ebrio de contento, frenético, bailando de un punto a otro de la habitación mientras esparcía los pedazos del cuerpo de la mujer. Seguramente el asesino escuchaba en su cabeza una melodía lúdica, trepidante, y se sintió realizado, orgulloso de sí, transportado a un paraíso del que le costó mucho regresar. Es casi seguro que se encontrara excitado sexualmente, con el pene erecto, y que la sangre caliente y el cuerpo recién abierto de la víctima lo condujeran a una eyaculación abundante. Sientes por todo el cuarto esa plenitud, esa alegría de alguien que se encuentra en un estado de éxtasis, fuera de sí mismo.

Luego debió ocurrir exactamente lo contrario. Tuvo que descender, enfrentar la realidad banal del crimen atroz de una mujer cualquiera. Se lavó las manos y la cara en el baño diminuto de esa habitación miserable. Por fortuna, no había un espejo y no tuvo que ver su rostro reflejado en él. Finalmente, esperó el instante ideal en el que no hubiera nadie en el corredor, salió del lugar fingiendo ser un cliente satisfecho, uno más del montón, y huyó por las calles perdido entre las sombras, el frío y la lluvia. Esa caminata debió ser terrible, en medio de la depresión y la angustia que suelen presentarse después del frenesí y la excitación. Lo imaginas durante las horas siguientes arrojado en su departamento, durmiendo debajo de las cobijas, sin comer, sin levantarse, con una televisión encendida al fondo en un canal que emite noticias las veinticuatro horas del día.

—¿Alguna idea, Molina? —pregunta Almagro, sacándote de tu ensimismamiento.

—¿Ya recogieron muestras de semen? —dices en voz baja, sin llamar mucho la atención.

—¿Del cuerpo de la víctima? Era una prostituta, Molina... Debe haber varias...

—Las prostitutas no tienen relaciones sin condón —respondes sin interés, sintiendo que de repente un cansancio, que no sabes de dónde viene, se apodera de ti—. Pero no, no me refiero a eso porque el asesino no la penetró. Al menos, no con el pene. Pregunto por las muestras que debe haber en la cama, en el piso, en las paredes.

—¿De qué está hablando, Molina? —dice Almagro, fastidiado, manoteando en el aire, como si quisiera que todos sus subalternos y tú mismo se largaran del lugar y lo dejaran solo—. Esto puede tratarse de un ajuste de cuentas entre mafias del sector, de un mensaje entre pandillas, de un amante celoso y ya está.

—Vendrán más crímenes, todos con un *modus operandi* similar. Deben multiplicar la fuerza policial en el barrio para proteger a las mujeres del sector. Y explicarles a todas ellas que se protejan las unas a las otras, que estén atentas, que denuncien a cualquier individuo sospechoso que detecten.

—¿Usted cree que no tenemos nada más que hacer, Molina? —dice Almagro, levantando la voz enfurecido—. Ahora quiere que nos pongamos a dar seminarios de seguridad y de protección social. No me joda, Molina, no me haga perder el tiempo.

—Es un hombre de mediana edad —dices con la misma voz reposada—, de unos treinta y cinco o cuarenta años, soltero, sin hijos, sin relaciones sentimentales estables. Tuvo acceso a la educación superior y es de clase media. Muy posiblemente esté registrado en algún hospital o en un seguro médico como paciente con brotes psicóticos, esquizofrenia o fuertes trastornos de personalidad. Una cosa más: no olvide las muestras de semen. Muy posiblemente justo ahora esté parado sobre una de ellas.

Sales del sitio sin despedirte, bajas las escaleras y alcanzas la calle en medio de la lluvia que nunca cesa en esta ciudad. Notas que se ha formado una multitud alrededor del edificio, mirones, chismosos, vecinos con ganas de que los dejen subir las escaleras y contemplar el

horror cara a cara. En el fondo, todos ellos tienen los mismos instintos del asesino, sueñan con matar a los que detestan, quisieran darse un festín de sangre y sentirse, aunque sea por unos cuantos segundos, los dueños de las vidas de los otros, poderosos, auténticos dioses que determinan quién vive y quién muere.

Regresas al barrio 7 de Agosto, entras a tu casa y te preparas unos huevos revueltos y un té de jengibre. Enciendes el aparato y respondes algunos correos de clientes potenciales que preguntan por tus tarifas y tus servicios. No te sientes bien de ánimo. Lo único que deseas es echarte a dormir. Te tomas tu pastilla de litio, te lavas los dientes y te pones la pijama. Antes de darte cuenta, ya estás profundo entre las cobijas.

A los ocho días exactamente, te vuelve a llamar Almagro. Su voz suena alarmada en el teléfono:

—¡Otro fiambre igual que el primero, Molina! Se cumplió lo que dijo. Lo necesito aquí enseguida, por favor.

—¿En el mismo barrio, en el Santa Fe?

—Sí. A dos cuadras del primero. En la veinte con diecisiete.

—Ya voy para allá.

—Solo una cosa, viejo. ¿Cómo lo supo? ¿Cómo se dio cuenta de que se trataba de un asesino serial?

—Porque es un imitador, Almagro. No es un navajero cualquiera. Estamos frente a un tipo culto, educado, que ha cursado quizá algunos semestres de medicina o de enfermería.

—No le entiendo nada. ¿Un imitador de quién? Nunca hemos tenido nada parecido. Revisamos todos los archivos.

—Es un tipo que vive solo y que muy posiblemente sea buen vecino, diligente, encantador. Debe vivir de alguna renta que tiene ya acumulada.

—No me ha respondido, Molina. ¿A quién está imitando?

—A Jack, a Jack el Destripador... Ya voy para allá.